

La sed más antigua del mundo

Teresa Loret de Mola

Africa Occidental

Hay regiones donde el silencio del agua pesa más que la sed. Donde el polvo se ha convertido en segunda piel y el horizonte no promete más que un cielo incandescente. África Occidental, vasto mosaico de culturas milenarias, ha aprendido a vivir con lo que falta: el agua, el tiempo, la mirada del mundo.

Aquí, la lluvia se celebra como nacimiento, y el agua es más que recurso: es espíritu, es testigo, es herida abierta. Desde el Sahel hasta las costas del Golfo de Guinea, pueblos enteros han tejido resistencia con cántaros vacíos, danzas que invocan, tecnologías rudimentarias, y una fe que no se seca. Porque si algo sabe esta tierra, es cómo hablarle al cielo.

Pero el cielo ha dejado de responder con la generosidad de antes. El cambio climático ha trastocado los ritmos sagrados. Las antiguas rutas del agua —ríos como el Níger o el Volta— se estrechan, se envenenan, se ausentan. Y la humanidad, en su marcha inconsciente, ha vuelto la espalda a los más sabios sedientos.

Hoy, sin embargo, la historia puede girar. Aurora Azul —que toca el este del continente— puede extender una arteria hacia el oeste. El gran circuito hídrico del sur, nacido del deshielo antártico, puede cruzar el continente por debajo, elevando la savia olvidada de África Occidental. Que el agua regrese como justicia. Que el agua recuerde lo que el mundo quiso olvidar.

La sequía y la deuda: anatomía de un olvido

África Occidental no ha sido simplemente golpeada por la sequía: ha sido desmembrada por ella. Desde el retroceso del Lago Chad —que en pocas décadas perdió más del 90% de su superficie— hasta las arenas movedizas del Sahel, el agua se ha retirado como si avergonzada. ¿Pero de quién se esconde el agua? ¿De qué huye?

Esta región, hogar de millones de almas, ha sido saqueada no solo en sus riquezas minerales, en sus cuerpos, en su historia, sino también en su derecho más simple: el derecho a beber, a sembrar, a bañarse en su infancia. Países como Mali, Níger, Burkina Faso y Senegal ven cómo sus acuíferos se agotan sin haber sido nunca plenamente suyos; cómo los proyectos hidráulicos llegan como promesas en idioma extranjero, condicionados, frágiles, casi siempre tardíos.

El agua ha sido cautiva de la deuda. Presa del control externo, ha fluido hacia el extractivismo, hacia la exportación, hacia las industrias que no riegan sino despojan. Y en medio de ese drenaje histórico, la gente ha cavado pozos con las manos, ha seguido las grietas del suelo como si fueran mapas, ha caminado días para llenar un balde. Las mujeres, sobre todo, han cargado al futuro a cuestas, en recipientes de plástico desvaído.

Pero no todo está perdido.

El proyecto de una arteria hídrica continental —alimentada por el deshielo antártico y guiada por la sabiduría local— puede hacer aquí su mayor redención. A través de sistemas de captación por canales subterráneos, acuíferos conectados por tubos flexibles resistentes al calor, y estaciones de regeneración hídrica impulsadas por energía solar, África Occidental puede recuperar lo que la historia le ha robado. No se trata solo de llevar agua: se trata de devolver dignidad. De reconciliar al cielo con esta tierra

La memoria del agua en África Occidental

El agua no ha olvidado. En las grietas de los baobabs centenarios, en los cantos de las mujeres peul mientras amasan el mijo, en los relatos griot transmitidos bajo la sombra del néré, el agua aún habla. Aún canta. África Occidental no solo ha tenido sed: ha sabido nombrarla, invocarla, recordarla.

Para los pueblos dogón de Mali, el agua era un vínculo directo con el cosmos. La estrella Sirio, cuyo movimiento estudiaban con precisión ancestral, regía los ciclos de lluvia. En las plazas secas del país mossi, en Burkina Faso, se hacían danzas de invocación para los espíritus del agua, seres sutiles que habitaban las piedras, los charcos, los ríos. En el delta del Níger, los pueblos bozo veían el río como un ancestro vivo, que se bifurcaba no solo en brazos hídricos sino en decisiones éticas.

Pero cuando llegaron las represas, los canales impuestos, los monocultivos, algo se rompió. El río Níger fue represado sin escuchar las palabras que lo nombraban, sin entender los pactos que unían a sus aguas con las estaciones, con los peces, con las memorias. La ingeniería silenció la poesía. Las soluciones llegaron, pero no curaron: drenaron, segmentaron, calcularon, y al hacerlo, olvidaron.

Hoy, sin embargo, la voz del agua regresa. Los jóvenes griot reescriben antiguos cantos con tambores electrónicos; los agricultores combinan sabiduría ancestral con sensores de humedad; las comunidades vuelven a plantar manglares en las costas de Senegal, guiadas por abuelas que conocen los nombres verdaderos del mar.

El agua puede regresar a África Occidental no solo como un líquido, sino como una historia restaurada. Y en ese regreso, los saberes antiguos no serán decorado exótico, sino brújula. En las grietas de una tierra agrietada, la memoria del agua aún respira. Solo necesita escucharse.

Tecnologías con alma: soluciones hídricas para África Occidental

En África Occidental, el futuro no se construye desde la negación de lo ancestral, sino desde su traducción. Si el agua ha sido historia, mito y sustento, su retorno no puede ser un acto meramente técnico: debe ser también un acto de reconciliación. Las soluciones hídricas, aquí, se diseñan para hablar el idioma de la tierra, para fluir con los ritmos que ya existen.

La primera estrategia consiste en el aprovechamiento de la recolección de agua de lluvias estacionales, intensas pero breves, que hoy inundan y luego desaparecen. En las aldeas del Sahel, donde las lluvias caen como un tamborileo fugaz, se están creando redes de captación en terrazas de piedra y arcilla, diseñadas con formas inspiradas en los tejidos tradicionales. Estos sistemas, lejos de destruir el paisaje, lo cosen de nuevo.

Junto a ello, se propone la instalación de reservorios subterráneos en zonas de dunas estabilizadas, construidos con materiales biocompatibles y de bajo costo, que permiten almacenar el agua del deshielo canalizado desde la Antártida a través del sistema global AQUA HELIX. Esta agua llegaría mediante conducciones flexibles, enterradas y protegidas del calor

extremo, aprovechando corredores logísticos ya existentes (como antiguos trazados coloniales hoy subutilizados).

En las zonas fluviales del Níger y el Volta, se plantea la creación de estaciones de oxigenación y limpieza biológica que regeneren las aguas contaminadas sin químicos, utilizando bacterias simbióticas y plantas filtrantes —jacintos, papiros, moringa— integradas en plataformas flotantes que además generen sombra y reduzcan la evaporación. Todo, en sistemas modulares diseñados por artesanos locales junto a ingenieros hidráulicos.

Por último, se propone el uso de torres atmosféricas de condensación de aire, inspiradas en los antiguos sistemas de captación de niebla del Sahara y los aljibes de barro de las culturas hausa. Estas torres, ubicadas estratégicamente en las zonas más áridas, funcionan como árboles artificiales: recolectan agua del aire y la distribuyen con energía solar a los poblados cercanos.

Cada una de estas tecnologías no es ajena al lugar: toma la ciencia moderna, pero la enraíza en la historia. Y en esa simbiosis, África Occidental no solo se adapta al cambio climático, sino que lo enfrenta con dignidad, poesía y precisión.

Tejer el agua: gobernanza hídrica y alianzas desde África Occidental

El agua no se impone; se comparte. Y en África Occidental, donde el conocimiento se transmite por cantos, proverbios y silencios antiguos, la gobernanza del agua no puede reducirse a leyes o comités: debe ser una red viva de respeto, memoria y decisión colectiva. Este capítulo es un mapa de alianzas posibles, de vasos comunicantes entre comunidades, naturaleza y futuro.

En el corazón de esta gobernanza está la sabiduría de los consejos de ancianos y mujeres custodias del agua, figuras tradicionales que han velado durante siglos por la distribución justa de pozos, fuentes y cauces. Su experiencia se integra ahora a plataformas locales de decisión, donde conviven saberes comunitarios y datos satelitales, mapas digitales y relatos orales. La tecnología no sustituye al consejo; lo amplifica.

La región propone formar una Red Hídrica del África Occidental —una malla colaborativa de pueblos, ríos y desiertos— que no solo reciba agua del sistema AQUA HELIX, sino que la distribuya según prioridades comunitarias. Esta red se ancla en nodos regionales con autonomía, que deciden colectivamente el uso del recurso para agricultura, regeneración ecológica, consumo humano y ritual.

Uno de los pilares es el modelo de corresponsabilidad climática, mediante el cual las comunidades receptoras del agua del deshielo se comprometen a conservar la biodiversidad local, reforestar cuencas y monitorear la calidad del agua de forma abierta y transparente. A cambio, reciben acompañamiento técnico, financiamiento ético y voz en las decisiones globales del sistema.

Los vínculos con América del Sur, especialmente con comunidades afrodescendientes del Chocó, la Amazonía y el Caribe, son esenciales en esta red. Se tejen alianzas afro-diaspóricas por el agua, donde las luchas históricas por la tierra y la autonomía se traducen en propuestas concretas: desde tecnologías comunes hasta intercambios culturales, desde semillas resistentes a sequías hasta cuentos compartidos bajo la luna.

Finalmente, África Occidental propone que el agua no sea nunca más un bien de mercado, sino un bien de vínculo. Y en esta red de cuidado mutuo, donde cada gota sabe a historia, se restituye no solo la humedad de los suelos, sino la dignidad de una región que ha sido saqueada por siglos, pero que ahora canta con fuerza el poema del porvenir.

El tambor del agua: cuento simbólico desde África Occidental:

El tambor del agua

(Cuento oral de transmisión libre, inspirado en las tradiciones mandé y akan)

En un tiempo sin relojes, cuando las nubes hablaban con los árboles y los baobabs eran aún jóvenes, los pueblos del oeste africano vivían al ritmo del agua. Cada aldea tenía un tambor, y ese tambor era su corazón: no solo llamaba a reunión o a danza, sino que también medía las lluvias y recordaba cuándo compartir el pozo.

Pero llegó una época seca. Tan larga y feroz que los tambores callaron. El agua se hizo bruma, y las fuentes, grietas. Los ancianos consultaron al cielo, los griots cantaron a los antepasados, y los niños, con las palmas abiertas, pedían a la tierra que volviera a hablar.

Un día, llegó un viajero de rostro cubierto de polvo y ojos que brillaban como pozos recién nacidos. No traía oro ni sal, sino una vasija sellada. Dijo venir de los hielos del sur, donde el agua duerme bajo la luna. No hablaba mucho, pero pidió que tocaran el tambor más antiguo.

Cuando golpearon el cuero, la vasija se abrió. No derramó agua, sino viento. Y ese viento viajó sobre las aldeas, tocó las copas secas de los árboles y bajó por las grietas. Donde pasaba, el aire se volvía fresco y las mujeres sentían que sus cántaros ya no pesaban vacíos.

Entonces comprendieron: el tambor no era para llamar al agua, sino para recordarla. Y la vasija no traía líquido, sino memoria. Porque el agua viene cuando la tierra recuerda cómo cuidarla.

Desde ese día, cada año, cuando inicia la estación del polvo, los pueblos del oeste tocan el tambor. Y aunque no siempre llueva, siempre se canta. Porque hay sequías peores que las del cielo: las del alma que olvida lo que debe cuidar.

“Soy agua que danza en el tambor”

Soy agua,

y aunque mis pies no dejan huella en la arena,

mi paso despierta raíces dormidas.

No me mires como río roto,

sino como la memoria que aún canta.

Fui lluvia en la frente de tus abuelos,

corrí por los tobillos de los niños,

y salté en la olla del mijo cocido

como un espíritu agradecido.

Hoy me escondo.

No porque no quiera venir,

sino porque me han olvidado los caminos.

Los ríos han sido cortados con machetes de codicia,

los manglares, arrancados como si fueran errores.

Pero yo no soy rencor.

Soy el tambor que no ha dejado de sonar,

el eco de una jícara compartida,

el aliento del árbol de karité,

el canto de la mujer que lava en la orilla

y ora, sin saberlo, por toda la humanidad.

Llamadme.

No con represas ni con cifras,

sino con respeto.

Golpead el tambor del alma,

y volveré, no como castigo,

sino como esperanza.

Porque donde haya un niño con sed

y un anciano que recuerde mi nombre,

allí estaré,

silenciosa y poderosa,

soy el agua que danza en el tambor.

Epílogo: La era del agua viva

En cada palabra escrita, en cada imagen evocada, en cada historia contada a lo largo de este extenso recorrido planetario, el agua ha sido más que recurso: ha sido espíritu, puente, memoria y promesa. Hemos caminado junto a ríos invisibles y lagos olvidados, hemos rescatado voces enterradas en cuevas sagradas y mirado hacia glaciares que tiemblan. Desde las nieves de la Antártida hasta las cavernas mayas, desde las islas de Oceanía hasta los deltas africanos, el mensaje es uno solo: la humanidad ha olvidado cómo escuchar al agua.

Este proyecto —tejido con la palabra, la ciencia, el arte y la historia— no es una simple propuesta técnica, ni una suma de ideas aisladas. Es una invocación a la conciencia, un llamado colectivo a

restaurar el vínculo sagrado entre los pueblos y el ciclo vital que los sostiene. Es la posibilidad de una nueva ética planetaria, basada en la reciprocidad, la dignidad y la regeneración.

La era del agua viva es aquella en la que los sistemas hídricos no son propiedad ni mercancía, sino venas abiertas de vida compartida. Es el tiempo en que las decisiones no se toman en las cúpulas de poder sino en la escucha atenta del territorio, de sus dolores y sus sueños.

Aquí no termina el viaje. Comienza otro: el del compromiso real. El de sembrar infraestructuras que sanen en lugar de herir. El de educar para la ternura ambiental. El de diseñar políticas que cuiden más allá de las fronteras. El de construir belleza donde hubo ruina. Porque aún estamos a tiempo.

Si el agua ha hablado, si nos ha contado sus cuentos y nos ha dejado ver su alma, que ahora nosotros seamos dignos de su confianza.

Porque cuando el agua encuentra respeto, la vida se vuelve posible. Y cuando la humanidad aprende a cuidar, la esperanza se vuelve inevitable.

Bibliografía – África Occidental

UNESCO (2021). Water Resources in West Africa: Challenges and Opportunities. Paris: United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization.

Diouf, C. (2003). African Origins: The Oral History of West African Peoples. New York: Kensington Books.

World Bank (2020). Groundwater Resource Management in the Sahel: Toward a Regional Strategy. Washington D.C.

FAO (2019). Irrigation and Water Use Efficiency in West Africa. Rome: Food and Agriculture Organization of the United Nations.

Sissoko, K. & Traoré, M. (2016). The Role of Traditional Water Knowledge in the Sahelian Region. Journal of Indigenous Knowledge and Development Studies, 12(2), 87-102.

Ndione, E. (2014). Cambio climático, migración y resiliencia hídrica en África Occidental. Dakar: ENDA Tiers Monde.

Hountondji, M. (2012). La cosmovisión del agua en las culturas yoruba y fon. Revista de Estudios Africanos, 18(4), 22-37.

CEDEAO (2020). Plan Estratégico para la Gestión Integrada del Agua en África Occidental 2020–2030. Abuja: Comisión de la CEDEAO.

Tierno Monénembo, T. (1999). Los ríos de la memoria: mitos y paisajes del África guineana. Conakry: Éditions Ganndal.

García del Valle, A. (2008). El río Níger y la organización cultural del espacio en el África precolonial. Madrid: Ediciones Akal.